

Cita bibliográfica: Anónimo (Ed.): "Número XXII", en: *El Filósofo à la Moda*, Vol.2\004 (1788), pp. 53-64, editado en: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): Los "Spectators" en el contexto internacional. Edición digital, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.711

Número 22

Leccion XLI

A las Damas de la Moda.

Natio comœda est.

Juv. Sat. III. v. 100.

No hay cosa en el Mundo que dexé con mas ansia que una paz permanente entre todos los Príncipes de la Europa, aunque al mismo tiempo no puedo dexar de temer las faes conseqüencias que trae, no en los asuntos políticos, sino en lo que gira á nuestras costumbres. ¿Qué fundacion de blondas, cintas, encaxes, hebillas, botones, y otras chuche[...]as y baratijas no se descargan sobre nosotros en tiempo de paz? ¿quántos adornos superfluos, quánta pompa [...]tentosa, quánta vanidad no se evita en las modas ridículas, que no los pueden venir de los extrangeros á tiempo de guerra? Para precaver tantos males seria deseable que todos los tiempos fuesen unos, que ni en paz ni en guerra pudiesen entrar en el Reyno géneros extrangeros no siendo de primera necesidad.

Ademas de las modas, que pertenecen á los adornos de las Damas, entran tambien otras en la Península que pertenecen á las costumbres de las mismas. Yo que no soy muy viejo, me acuerdo quando las Señoras de conveniencia empezaron á servirse de ayudas de cámara, porque las parecia, y aun todavía á algunas les parece que desempeñaban su obligacion mejor que las doncellas ó mozas de cámara. Sucede aun mas, y es que las Damas hacen alarde de quien le tiene mejor mozo. He visto á una de estas *Abigails* varones encerrado con su ama en un gabinete perder toda una mañana (se debe creer piadosamente) peynándola. Puede ser fuese falsa la voz que se esparció pocos años hace de que á una cierta Señora de suposicion le habia sucedido un trabajo con uno de estos *Anfibios*; pero lo cierto es que desde entónces muchos maridos y muchos padres desterraron de sus casas semejante servidumbre.

Casi al mismo tiempo en que muchos individuos de nuestro sexô estaban empleados en el referido exercicio, se introduxo entre las Señoras la moda de recibir las visitas en la cama. Entónces se hubiera atribuido á descortesía grande, si una Señora hubiese rehusado recibir la visita de un Caballero, por no haberse levantado todavía; y si un portero hubiese dado tal razon, se le hubiera desde luego considerado incapaz de exercer tal empleo.

La curiosidad que siempre ha sido, y será mi vicio predominante, me estimuló un día á rogar á un amigo me hiciese el favor de introducirme en casa de una de estas *Damas de moda*, y presentarme á ella con el falso pretexto de que yo era un extrangero, que no sabia su idioma, para no verme en la precision de hablar. El amigo me favoreció: fuí á casa de la Dama, que estaba aun en la cama, y queria aparentar desaliño y descompostura; pero habia perdido mas de dos horas en ataviarse para recibirnos. Tenia el pelo esparcido por los hombros con un desórden estudiado, y la bata que la cubria de medio cuerpo arriba (puesto de medio á baxo la cubrian las sabanas y colchas) parecia puesta con el mayor descuido, pero mil dobleces, y otros tantos alfileres que le sostenian, manifestaban la mucha diligencia que se habia aplicado. Por lo que hace á mí, me es tan repugnante todo lo que se acerca á inmodestia en el bello sexô, que no pude dexar de mirar á otra parte siempre que la Señora mia se volvia en la cama; me hallé en la mayor confusion del mundo todas las veces que extendia un brazo ó una pierna. Me parecieron mil años una hora que estuve allí; despues me marché, y no he vuelto mas.

Mi Señora la Marquesa de es la admiracion de la Corte; pero es tan modesta, que quando mas no recibe las visitas sino en el tocador. Es un lance de los mas chistosos y agradables ver á esta hermosa criatura hablar de política con el pelo tendido por las espaldas, y exâminar en un espejo aquel rostro que impone respeto, é infunde amor á todos los que le rodean. ¿Qué cosa mas grata que oirla hablar ya con su doncella, y ya con sus visitas? ¿Qué transicion tan propia no hace esta Señora, de un Sermon ó de una Comedia á un peyne de marfil, ó á la borla de los polvos? No es imaginable el gusto que tuve un dia en que hablando con varios que habiamos ido á visitarla, interrumpió la narracion de sus viages para encargar cierta cosa á uno de sus pages, y poco despues hablando con un Religioso sobre una materia moral, la dexó de repente, por tomar con la punta de la lengua un lunar para aplicárselo al rostro.

No hay cosa mas peligrosa para una muger que aquel ayre marcial, tan natural en la mayor parte de su sexô. Por tanto toda muger prudente y virtuosa deberia moderar la viveza para no dar lugar á que poco á poco degenerare en inmodestia y deshonestidad. Pero las modas que han venido de Francia á este pais, han traido tambien consigo los modos de los Franceses, que no tienen otro fin que el de aumentar los caprichos en el sexô, ó como ellos se explican, en *despertar*, lo que no permite la virtud y discrecion. El hablar en voz alta en los públicos concursos, y en las calles, haciendo oír al Mundo que hablan de ciertas cosas, que no deberian decir sino en secreto, es señal de una educacion bella y fina; entretanto el pudor no es de moda, y el silencio es mas descortes, que todo lo malo que se podria decir sin reflexiôn. En suma la prudencia y la modestia, que en todos los tiempos y paises se han considerado por los mas dignos adornos del bello sexô, en el dia se miran solo como estilo de una conversacion fastidiosa, y como calidades propias de personas de baxa esfera, que no deben hallarse sino entre los criados.

En el carnaval pasado fuí una noche á la Opera, y por mi desgracia me tocó el asiento en una galería junto al aposento de una Dama principal. El ruido que ella hacia ántes de empezarse la representacion, me hizo sospechar hubiese venido de Francia pocos dias hace. Apénas comenzó la música, principió á gritar *¿Quándo salen las máscaras de la plaza de Bolonia?* Luego que se dió principio á la Opera, la misma Dama preguntó á otra, distante tres aposentos del suyo, *si la Oltrabelli era Napolitana ó Milanesa*. Poco despues miéntas el primer *Bufo* cantaba una de sus mejores arias, hizo señal con el abanico á otra Dama, que estaba en un aposento del quarto principal, y la dixo en voz baxa que todo el Teatro entendió: *Esta noche no tenemos Pigmalion*. De allí á poco llamó por su nombre á un Caballerito, que estaba en la galería seis asientos distantes del mio, para preguntarle si vivia aun la madre de la Oltrabelli, y sin esperar la respuesta se puso á hablar con otro sobre cierta fantasma. Ya se hallaban cerca de su aposento, y oprimiéndome mas de diez ó doce Caballeritos que la daban conversacion sin dexarme oír palabra de la Opera; pero yo que habia ido por divertirme en oír cantar, salí de allí y me baxé al patio, donde entre cocheros, lacayos y mozallones hallé mas cortesía que en aquella *Dama de moda*, pues á lo ménos me dexáron oír la Opera.

Este modo tan cortes, y propio de las niñas de siete años á baxo, es uno de los mejores rasgos de la galantería de moda; y solo las Dams que han viajado para adquirir luces, pueden llegar á tanta perfeccion. Sin embargo es preciso conceder que hay algunas Damas, que han andado centares de leguas sin malearse; y han vuelto con toda la modestia, discrecion y buen juicio que ántes tenian. Por otro lado se encuentran muchas Damas ayrosas, que se diria han viajado, y jamas han pasado las murallas de su patria. Yo mismo he conocido á una mujer que en su vida habia pasado los límites su Parroquia, y con todo eso tenia tantas impertinencias y sandeces extrangeras, quantas pudieran recogerse de la mitad de *Europa*. En este instante me ha llegado una carta que no puedo dexar de darla al público en la presente leccion, para que se vean los extremos á que llegan las mugeres.

Señor Filósofo.

Yo entro en el número de aquellos infelices atormentados por una muger devota. Apénas amanece, ó por mejor decir, apénas abren la Iglesia de San Francisco, va á ella, oye tantas Misas, quantos son sus parientes y deudos que estan en la otra vida, á lo ménos por los que ella ha conocido. A la hora de esta son 9; a saber: su abuelo, padre, madre, dos hermanos, una hermana, una amiga, una prima y su madrina. Despues de las Misas entran las lecciones morales y sermones; como por mi desgracia sabe leer, se viene á casa, lee los exercicios, los diarios del Padre Calino, el dia en el Año Christiano; luego por la tarde va á las Quarenta Horas y sermones; al anochecer el rosario y plática; de este modo gasta todo el tiempo, y no hay que esperar que ningun dia sepa lo que se dispone en su casa para comer, á no ser este convidado su confesor. Quando por la noche viene á casa y nos

hallamos solos, me repite todos los sermones oídos, y pobre de mí, si se pasa algún día, porque al siguiente es doble la tarea, y me contentaré con acostarme á las dos de la madrugada. Me carga de tantos textos, pruebas y aplicaciones, que á pesar de mi cansancio, quando me acuesto, el eco ruidoso que me queda en la fantasía, no me dexa dormir, sino al amanecer, tiempo en que se levanta para volver á su tarea, y comenzar sus santos afanes. El deplorable estado en que me hallo es digno de la compasión de vmd. y de pronto socorro. Si no me lo franquea con presteza, corro riesgo de verme reducido á un deplorable estado con tantos sermones, ejercicios, pláticas y oraciones. Temo que mi muger me mate á fuerza de repeticiones, á no ser que una muerte feliz no me libre de tanto martírio. Soy de vmd. con fino afecto. Su seguro servidor Q. S. M. B.